 Tiempo de lectura: 5 min.

La figura de don Carlo Braga (1889-1971) ocupa un lugar singular en la historia misionera salesiana del siglo XX. Sacerdote animado por un profundo amor a Don Bosco y un extraordinario celo apostólico, llevó el espíritu salesiano desde los valles de Lombardía hasta los vastos horizontes de Asia. En China, especialmente entre los jóvenes pobres y abandonados, supo encarnar el carisma educativo de Don Bosco con creatividad, valentía y confianza en la Providencia. Educador, misionero y guía espiritual, fue protagonista del desarrollo de las obras salesianas en China y, tras la tempestad de la revolución comunista, contribuyó también al nacimiento de la presencia salesiana en Filipinas. Su vida sigue siendo un testimonio de dedicación misionera y de auténtica santidad salesiana.

1. **Una amistad enteramente salesiana**

Pocos días antes de su muerte (3 de enero de 1971), hablando a los novicios de Canlubang (Filipinas), el corazón del P. Carlos saltó de nostalgia. Se vio a sí mismo de joven en Sondrio, en el Instituto Salesiano: le habían encargado cuidar la pequeña habitación de Don Rua, primer sucesor de Don Bosco, que estaba de paso por aquella ciudad. Se había presentado felizmente ante él y Don Rua le había cogido las manos y, estrechándolas fuertemente entre las suyas, le había susurrado con un timbre de voz inolvidable: “Carlo, Carlo, estaremos siempre juntos”. Aquella mirada le había atravesado el alma como un rayo de luz.

2. **De Italia a China**

Nacido en Tirano, provincia de Sondrio, el 23 de mayo de 1889, quedó huérfano de madre cuando era niño. Le gustó el ambiente familiar que vivió en la casa salesiana de Sondrio; se encariñó con Don Bosco y su misión y decidió quedarse con él para siempre. A los diecisiete años hizo los votos religiosos en Turín; completó sus estudios de filosofía en el Liceo de Turín-Valsalice, donde tuvo como profesores a don Cimatti, futuro apóstol del Japón, y a don Cojazzi, conocido apóstol de los jóvenes. Mientras tanto, la guerra hacía estragos en Italia; el joven Carlo Braga fue

alcanzado por carta de precepto y enviado al frente: tres años de vida dura y arriesgada en las trincheras. Al final de la guerra le sorprendió la epidemia de gripe española: hizo voto a María Auxiliadora de que, si se salvaba, partiría a China como misionero. Llegó a Shiu Chow, en el sur de China, el obispo salesiano y primer mártir, monseñor Luigi Versiglia, que enseguida intuyó las dotes pedagógicas de don Braga y le confió la dirección de la “Escuela Media Don Bosco”. Don Braga desarrolló allí todas sus actividades pedagógicas, musicales, educativas y recreativas. Hizo de ella un semillero de vocaciones, un campo de pruebas para el lanzamiento de misioneros en el frente fluido del Reino de Dios, un lugar para catequistas chinos en aldeas paganas.

3. **Inspector salesiano**

El P. Braga, a los 40 años, es llamado a sustituir al inspector salesiano P. Canazei, elegido obispo. El nuevo inspector explota literalmente de celo misionero: conoce la lengua y las costumbres chinas, teje una tupida red de amistades y conocidos, utiliza los hermosos dones que el Señor le ha dado, ama a los jóvenes como pocos y está imbuido hasta los huesos de optimismo y espíritu salesiano. Las misiones salesianas en China bajo su dirección conocieron una súbita edad de oro y un florecimiento exuberante: el orfanato y las escuelas de Macao, en Hong Kong se construyeron cinco grandes y modernísimas escuelas con una población escolar de unos 10.000 alumnos.

Con valentía se dirigió al norte de China e implantó la obra salesiana en la capital, Pekín: la obra era para los huérfanos, para los muchachos pobres y abandonados que en aquellos años vagaban por las calles en gran número o morían de hambre. En Pekín se realizó el sueño profético de Don Bosco, que muchos años antes había visto a los Salesianos instalarse en aquella inmensa capital.

4. **Una lámpara que arde y brilla**

Llevaba ya veinte años como inspector cuando la tremenda tormenta comunista se abatió sobre China. Don Braga se encontró en el ojo de la tormenta. El comunismo arrasó con todo. Por sugerencia del Rector Mayor, P. Pietro Ricaldone, Don Braga desvía su trabajo al sudeste asiático y en tres años comienza la obra salesiana en

Filipinas. Fomenta la bondad y la alegría allá donde va. Mantiene una santa amistad con todas las familias de sus hermanos, bienhechores y alumnos. A lo largo de su dilatado apostolado, en el que dio vida a tantas instituciones, permaneció siempre pobre, pero tuvo el don divino de rodearse de amigos y bienhechores, tanto en China como en Filipinas, que compartían gustosa y generosamente lo que Dios les había dado. Encandila a todos con su generosidad y gratitud, dictadas por su gran corazón. Bajo todas estas cualidades y hazañas extraordinarias que realizó, subyace un lado desconocido, pero que sin duda constituye la fuerza que hace de él el Padre bueno que todos conocen: su íntima unión con Dios, su amor a Jesús, un secreto deseo de entregarse al Señor en holocausto.

El P. Braga tiene 73 años y siente que ha llegado el momento de soltar los remos de la barca. Su lámpara, que siempre ha permanecido encendida en medio de las tempestades, da una luz cada vez más espiritual. Como simple hermano, se dedicó a un trabajo más fino: el de confesor de los jóvenes y director espiritual de las almas consagradas. Había asistido a siete Capítulos Generales de la Sociedad Salesiana, aportando a ellos su propia nota de entusiasmo, alegría y optimismo; conocía la Congregación como los viejos Salesianos de la escuela de Don Bosco; había sido un pionero del Reino de Dios. Por eso podía decir, sonriendo a los jóvenes novicios filipinos, que pensaba en el Paraíso como si ya lo poseyera.

El Señor quiso que su muerte dejara la misma impresión que siempre había transmitido en vida: siempre alegre, dispuesto a todo, observante en sus deberes religiosos y siempre puntual allí donde el deber le llamaba. Así, a las 5.30 de la mañana del 3 de enero de 1971, solemnidad de la Epifanía en la que se conmemora al Misionero de todos los Pueblos, este dinámico heraldo del Evangelio entregó su alma a Dios.

La Causa de su beatificación está ahora en curso, con la convicción de que la Familia Salesiana y la Iglesia en China y Filipinas reconocen en don Carlo Braga un ejemplo de vida misionera a imitar y seguir; un modelo de vida evangélica vivida para el bien de los hermanos y de santidad, signo de la bondad paterna de Dios.

5. **Un testigo excepcional**

“Estábamos de pie y él estaba sentado. Mi madre se sentó frente a él. Yo permanecí de pie. Mi madre empezó a hablar. En lugar de defender su caso y vender su

mercancía lo mejor que podía, empezó a advertir a su cliente: Mire, padre, este chico ya no es tan bueno. Tal vez no sea apto para ser aceptado aquí. No quiero que se deje engañar. Ah, ¡si supieras lo desesperada que me has tenido este último año! No sabía qué hacer. Y si a usted también le desespera aquí, dígamelo, y vendré a buscarle enseguida".

Don Braga dijo que conocía tres dialectos del chino: pero hablaba los tres juntos. Desde luego, el shanghainés no era su fuerte. En lugar de contestar, me miraba a los ojos. Yo también le miraba, pero con la cabeza gacha. Me sentía como un acusado en lugar de defendido por mi abogado. Pero el juez estaba de mi parte. Con su mirada me comprendió inmediatamente y mejor que con todas las explicaciones de mi madre. Él mismo, escribiéndome varios años más tarde, me aplicó las palabras del Evangelio: "*Intuitus, dilexit eum*" ("al mirarlo lo amó"). Y desde aquel día, ya no tuve ninguna duda sobre mi vocación».

Así cuenta el futuro cardenal Joseph Zen su encuentro con el P. Braga y el comienzo de su historia vocacional.